

Teo Bore 1

Luciano Santacruz



Capítulo 1

1

El humo del cuarto café de Teo Bore ascendía formando espirales sobre los documentos que este leía sin entusiasmo, empujando el codo con un movimiento practicado. La luna estaba alta y llena esa noche, y su luz plateada se colaba por las alineadas rendijas de la cortina metálica. Las estelas traslúcidas que emanaban de su taza encontraban escape por el mismo sitio, en un parsimonioso intercambio. Bore soltó un bufido, lanzó los documentos sobre la mesa y terminó su café, frotándose los cansados ojos.

—Esto es inútil.

Se desperezó, dejando escapar un lastimero gemido de protesta y se acercó a la ventana. Miró hacia abajo, y un oscuro callejón le devolvió la mirada, apenas iluminado por la intermitente farola ubicada frente a su oficina. La luz eléctrica bañaba de retazos dorados los sucios adoquines de la acera indiscriminadamente, dotándolos de una elegancia irónica bajo las numerosas capas de basura y desperdicios que poblaban el suelo. Se preguntó si alguna vez vería aquella calle limpia, pero esbozó media sonrisa al no ser capaz de imaginarla en ese estado. Una figura oscura se deslizó justo debajo de su ventana sin prestar atención a su alrededor, demasiado interesada en acabar el contenido de una botella de licor barato. Apartó el ojo de la pequeña rendija justo cuando el lejano rugir de un motor de coche llegó a sus oídos, demasiado notable en medio de la usual quietud de los alrededores; levantó la pesada cortina que crujió terriblemente, y observó unas cuantas nubes remolonas vagar por el cielo nocturno.

Unos golpes sordos resonaron en la gruesa puerta de madera en el preciso instante en que se dejaba caer pesadamente una vez más en su asiento. Golpes secos, tres de ellos.

—¡Ya cerramos! —gritó, cerrando los ojos.

De nuevo sonaron golpes, pausados. Esta vez, un poco más fuerte.

—¡Que está cerrado he dicho! —repitió, molesto—. ¡Vuelva mañana a primera hora!

Los golpes cesaron, pero una voz inquirió ahogada a través de la puerta:

—¿Cómo demonios vas a pagarme el alquiler si no atiendes a tus clientes?

Bore suspiró largamente, cansado.

—Pero si es mi adorable casera, enseguida abro —exclamó con fingido entusiasmo. Acto seguido se tomó todo el tiempo que pudo para levantarse y recibir a su visitante.

Una enojada y robusta mujer de mediana edad lo examinaba desde el umbral de la puerta, con denotada desaprobación. Un apretado delantal a cuadros escoceses oprimía su abultada figura, envuelta a su vez por un gastado camisón color marrón. Sus facciones cuadradas, la amplia frente y sus pobladas cejas sólo conferían a sus ceñudos ojos una mirada aun más dura.

—Estás radiante esta noche, Carmen. Ese camisón te favorece.

—Cierra la boca. Como te atrases con el pago otra vez, te juro por Dios que te dejo en la calle.

—Rompes mi corazón. ¿Qué sucede? No es normal que subas hasta aquí a menos que quieras cobrarme.

—Tienes un maldito cliente.

—¿Y dónde lo tienes escondido? —preguntó el hombre espiando detrás de la voluminosa mujer.

—Está abajo, imbécil, esperando en la puerta de calle.

—¿Y por qué no sube?

—Porque parece que mi edificio no es lo suficientemente digno para su "majestad". Apúrate y baja, parece que este mes podrás pagarme sin problemas —gruñó. Justo en el momento en que Bore comenzó a pensar en lo extraño que resultaba en su casera la buena actitud de llevar mensajes, atisbó mientras esta se retiraba escaleras abajo la punta de un billete de alta denominación asomando por su bolsillo trasero.

Luego de cerrar con llave su pequeña oficina y sortear los últimos desvencijados escalones que antecedian la puerta de entrada de su edificio, encontró apostada junto a un largo automóvil negro aparcado justo enfrente a una mujer joven, de rizados cabellos rubios meticulosamente arreglados que caían sobre sus hombros, y expresión ausente. Llevaba un ajustado vestido de tafetán, de un rojo oscuro, que se ceñía a su delgada cintura y alcanzaba poco más que sus rodillas. Repiqueteaba con sus zapatos negros de tacón alto las resquebrajadas baldosas de la acera, en obvia impaciencia. Su mano izquierda se agitaba

con ademán inquieto sobre su marcado costado, al tiempo que su derecha se ceñía alrededor de una larga boquilla para cigarros.

—¿Es usted Teo Bore? Me recomendaron sus servicios. —Preguntó al levantar la vista de su ornamentado reloj de pulsera al aparecer el hombre. Lo observó de arriba abajo con despectivo desinterés—. Aunque para ser honesta, lo imaginé un poco más... profesional.

—Por eso mismo le han recomendado mis servicios y no mis conocimientos sobre moda —sonrió Bore deteniéndose frente a ella. Acto seguido rebuscó en el bolsillo interior de su saco y sacó un aplastado paquete de cigarros—. Mi oficina ha cerrado por hoy.

—Necesito encargarle un asunto lo antes posible —Dio una profunda calada a la fina y decorada boquilla plateada—. El dinero no es problema —agregó por último.

—Puedo verlo. —Bore encendió el cigarro de su boca y contó los restantes dentro del viejo paquete, con expresión melancólica—. Entiendo, entonces dígame: ¿cuál es su problema?

—Preferiría hablar en un lugar más privado —replicó la mujer arrugando la nariz, como si oliera algo desagradable—. Acompáñeme a cenar, le explicaré el asunto con más detalle.

—A buen tiempo, puesto que muero de hambre. Usted primero.

La mujer dio media vuelta hacia el automóvil que tenía a su espalda y el chófer de este salió como un rayo para abrir la puerta a su jefa, indicando a Bore con un gesto que entrara en la parte trasera. Al cabo de escasos minutos se encontraban rodando camino a un restaurante de excelente reputación que el hombre conocía sólo de vista, cuya llegada fue muy bien recibida por el dependiente de la entrada. El llamativo empaquetado de las paredes junto con la elegancia palpable en el ambiente contrastaba con el gastado saco gris claro de Bore, sólo una ínfima parte de su desgarrada e insípida imagen general. La mujer parecía pavonearse frente a él contoneando su curvilínea cadera, mientras dedicaba algunos elogios al recepcionista que caminaba a su lado, en el tono de voz de alguien a quien le parecía natural dar órdenes. Una vez llegados a una mesa rodeada de tres finos paneles de madera rojiza, apartada de los demás comensales, ambos se sentaron frente a frente ante la silenciosa mirada de un mesero corpulento.

—Un Martini seco —ordenó la mujer antes de que el muchacho pudiese abrir la boca—, y un Sashimi de Fugu. ¿Qué tomará usted?

Bore tomó la gran carta que el mesero le ofreció, y releyó muy por encima la extensa lista de extravagantes nombres y especificaciones de los

respectivos platillos, aburrido.

—Tráigame... —Dobló la carta y se la extendió al mesero—. Cualquier aperitivo simple. Y un Cosmopolitan.

La mujer arqueó una ceja sobre sus hermosos ojos claros y lo miró extrañada por encima de sus manos juntas.

—Peculiar elección.

—Me ha quitado las palabras de la boca —replicó Bore—. No me ha honrado con su nombre.

—Brixana. Brixana Terror —respondió ella con marcada énfasis en su apellido—, probablemente haya oído usted hablar de mi padre, Bruce Terror, o de su compañía de transportes.

—Sí, he oído de ambos. —Rebuscó en su cabeza todo cuanto sabía de aquella sosa figura y de su compañía, pero nada captaba su atención. Algo cansado debido a la larga jornada y observando la rapidez con la que sus pedidos eran dispensados, dijo con ligera impaciencia—: En vista de que considera este lugar lo suficientemente seguro para su gusto, escucharé su problema.

Brixana bebió un exigente trago de su copa, mientras sus ojos seguían observándolo fijo por detrás del líquido transparente. Luego de aclararse la garganta, dijo:

—Hace algunos años, tres exactamente, me casé con Adriano Velmonti, hijo de un importante empresario del rubro automotor. Él no me interesa en lo más mínimo, realmente —admitió—, pero sí a los intereses familiares. Lejos de lo que fue, la influencia de su padre se vio menguada por las importaciones alemanas de las que seguro está al tanto, que comenzaron hace aproximadamente un año, alentadas por el reciente gobierno de falsa derecha.—Pronunció la última palabra con un dejo despectivo y bajó la mirada hacia el recién posado plato frente a sí. Decorado en tonos rojos y azules, el platón de porcelana contenía innumerables piezas de pescado crudo, de un color pálido, dispuestas artísticamente en un bello espiral que se elevaba en el centro, asemejándose a una flor. Bore tomó su rojiza copa de la mesa y le dio un pequeño sorbo, escrutando su platito blanco. Algunos buñuelos de relleno indefinido le devolvieron la desinteresada mirada—. De cualquier forma, hace algunos meses he notado que mi... marido actúa de forma extraña, y como debe suponer, me gustaría saber qué es lo que trama. Personalmente —añadió sosteniendo una diminuta pieza de pescado entre sus palillos y agitándola ligeramente—, creo que está manteniendo

relaciones con alguien.

—Infidelidad... entiendo —murmuró Bore mordiendo un buñuelo y espiando dentro—. Cerdo.

—Y que lo diga.

Bore no intentó explicar lo que quiso decir y optó por untar uno por uno los deliciosos aperitivos en su ornamentado cuenco de salsa. Luego de quemarse la garganta con su trago, dijo:

—Me sorprende que con lo elevada que supongo es su posición, su padre no disponga de hombres perfectamente capaces para el trabajo.

—Por favor, no sea ridículo —sonrió ella apartando una mosca invisible—. Por supuesto que los dispone, pero no podría permitir que mi padre se enterase de esto. Es un maldito viejo chismoso, y no podría mantener la boca cerrada en sus reuniones sociales ni aunque el honor de su preciosa hija estuviera en juego. Por eso he acudido a usted. —Miró a Bore a través de su copa media vacía y arqueó una ceja de forma inquisitiva—. Puedo confiar en la discreción que le precede, ¿verdad?

—Sin lugar a dudas —replicó este—. Pero he de preguntar, ¿quién le recomendó mis servicios?

La mujer mantuvo los palillos en el borde de sus labios y lo miró con expresión indescifrable.

—Me reservaré ese dato.

—Vaya, vaya. Secretos, secretos —dijo Bore. Apuró su trago y carraspeó ante su tosquedad—. Justo lo que necesita un hombre que trabaja con información.

—Sin embargo, no veo en qué lo ayude a cumplir su tarea el saber quién me habló de usted.

—Sinceramente, yo tampoco, tendré que pensar en ello. En cualquier caso.—Relamió los dedos manchados de salsa y los secó en una servilleta. Levantó la vista a su acompañante y reparó en lo bella que era, pese a sus tensas facciones, que insistía en ocultar tras sus armoniosos movimientos; como si su sensualidad se viera respaldada ya no de una simple presunción vanidosa, como suele ser el motivo de las jóvenes muchachas, sino de un obligado accionar frío—. Específicamente, ¿cuál es su encargo?

—Quiero saberlo todo —respondió Brixana al instante—. Todo lo que hace mi marido los momentos en los que deja su oficina, si se ve con alguien,

quién es esa persona y todo lo que pueda usted averiguar sobre ella, además, de todo cuanto pueda hallar del motivo de sus relaciones.

Bore soltó un silbido extenso.

—Suenan a un trabajo bastante costoso, pero creo hacer bien en suponer que puede costárselo.

—Correcto.

—¿Trae usted una fotografía de su esposo consigo?

—Pues la verdad... sí. —Rebuscó en su bolso durante un segundo y sacó una pequeña fotografía de bolsillo de dentro y se la pasó. Brixana le devolvía la mirada en un blanco y llamativo vestido de novia, vistiendo una sonrisa vacía. A su lado, un joven de cabello crispado y rostro corriente le sujetaba la estrecha cintura con una pálida mano—. Quédesela... bueno, si es que acepta el trabajo, por supuesto.

Bore observó sendos rostros largamente, sorbiendo despacio su bebida. Tamborileó la mesa con su índice media docena de veces, bajó la fotografía, dio un último sorbo y miró a la mujer.

—Lo tomo.

—¡Estupendo! —exclamó. Alzó su copa y se llevó un pedazo de pescado crudo a la boca antes de vaciar su contenido. Acto seguido se estremeció exageradamente, contoneando los pliegues de su vestido, como si disfrutara al máximo de su comida—. ¿Sabe usted que el Fugu es sumamente venenoso? —preguntó examinando con ojo crítico su hermoso y meticulosamente dispuesto plato, al cual le faltaba mucho para terminar—. Sólo los chefs expertos en su preparación pueden servirlo... de lo contrario sería mortal. —Saboreó otro trozo y se estremeció una vez más, un poco más marcadamente, al parecer más excitada ante el sólo reparo del peligro—. No todos se atreven a comerlo.

Bore tomó la rodaja de lima que decoraba su copa vacía y la mordisqueó mientras se ponía de pie. Levantó el ajado sombrero que había posado en el asiento vacío contiguo y se lo puso, mirando a su acompañante.

—Lo sé, sí... —dijo mientras se desperezaba—. Así como también sé que desde hace tiempo sólo se sirven en la ciudad los ejemplares sin veneno. Envíeme mañana a mi despacho un sobre con la dirección de nuestro amigo, la de su trabajo y los lugares que suele frecuentar, junto con aquellos datos que crea importantes. Gracias por la cena, que tenga buenas noches.

Caminó sin prisa hacia la puerta y salió, ante la atenta mirada de la mujer.